

OBAMA EN MANASSAS

La víspera de las elecciones del pasado noviembre, la pequeña ciudad de Manassas, Virginia, se convirtió en el inesperado Woodstock de la Generación Obama, cuando miles de personas se reunieron para escuchar al candidato cerrar su campaña de casi dos años con un llamamiento último al «cambio en Estados Unidos». Fue un gran final orquestado con considerable confianza en sí mismo e ironía. Aunque Manassas (con una población de 37.000 habitantes) conserva un toque industrial, el resto de Prince William County (con 380.000 hab.) ejemplifica la voraz expansión urbana de la era de Bush: desorganizado paisaje de viviendas adosadas más viejas, McMansiones* más nuevas, centros comerciales con un falso aspecto histórico, parques empresariales de altas tecnologías, megatemplos evangélicos, islas parias de edificios de apartamentos, y vestigios melancólicos del hermoso campo virginiano. Asegurando al condado un destacado pie de página en las novelas de Tom Clancy, su rincón sudoriental se ha anexionado a Quantico, una base de la infantería de marina, y al centro de formación nacional del FBI.

Extremo sureño de «Los Angeles on the Potomac»** y séptimo gran condado más rico de Estados Unidos, Prince William es precisamente el tipo de área suburbana «externa» o «emergente» que como es sabido Karl Rove movilizó para reelegir a George W. Bush en 2004¹. De hecho, desde la victoria de Nixon sobre Hubert Humphrey en 1968, el Partido Republicano

* McMansions: término peyorativo acuñado por el ecologista neoyorquino Jay Westerbelt. Casas de gran tamaño, a menudo en parcelas pequeñas, con un jardín más pequeño de lo habitual, y construidas en serie por un promotor inmobiliario [Fuente: Wikipedia] [N. de la T].

** Capítulo de un libro de Carl Abbott, *Political Terrain. Washington, D.C., from Tidewater Town to Global Metropolis*, Carolina del Norte, 1999. [N. de la T.]

¹ Como corresponde a la capital de un imperio, Washington DC tiene la franja residencial más rica. Thomas Frank señala en *The Wrecking Crew. How Conservatives Rule*, Nueva York, 2008, que cinco de los condados más ricos de Estados Unidos, con población que supera los 250.000 habitantes, son áreas residenciales de Washington DC en los Estados vecinos de Maryland y Virginia (pp. 11 y 277). Respecto al papel estratégico de las áreas residenciales emergentes en 2004, véase R. Brownstein y R. Rainey, «GOP Plants Flag on New Voting Frontier», *L.A. Times*, 22 de noviembre de 2004; y G. Giroux, «A Line in the Suburban Sand», *CQ Weekly*, 27 de junio de 2005.

contaba con áreas suburbanas de los Estados cálidos del sur, como Prince William County, para generar márgenes ganadores en las elecciones nacionales. La *reaganomics*, por supuesto, se incubó en las famosas revueltas contra los impuestos que agitaron la Carlifornia suburbana a finales de la década de 1970, mientras que el «Contrato con América» presentado por Newt Gingrich en 1994 era principalmente una carta magna para los votantes ricos de los exurbios occidentales y las *edge cities* del nuevo sur. Incluso a medida que las áreas suburbanas envejecían y se densificaban, los republicanos obtenían poder de la contradicción de que «los estadounidenses postsuburbanos seguían siendo resueltamente antiurbanos a pesar de que su mundo se ha vuelto crecientemente urbanizado»².

Obama señaló, de hecho, el comienzo de una nueva época, al preferir culminar su campaña en la que ha sido la orilla mala de la línea periférica Mason-Dixon para la mayoría de los demócratas nacionales desde la década de 1960 (sólo con la excepción parcial de Jimmy Carter y Bill Clinton). Aunque no estaba previsto que el mitin empezara hasta las nueve, al anochechar ya se dirigían multitudes hacia el campo ferial de Prince William County, y los carriles con dirección sur de la Interestatal 66 estaban atascados a mitad de camino de Washington DC, a 42 kilómetros al noreste. Un blog de *The Washington Post* se maravillaba por los numerosos seguidores de los Redskins que, ataviados con el traje del equipo, habían preferido escuchar a Obama en lugar de asistir al clásico del lunes por la noche contra los Pittsburg Steelers. La policía estatal calculaba que el número de asistentes había superado los 80.000, pero los de Obama estaban seguros de que su candidato había hablado ante más de 100.000 personas, quizá la mayor audiencia de un discurso de víspera electoral en la historia estadounidense.

La última vez que una multitud tan grande había convergido en Manassas fue a finales de agosto de 1862, cuando el Ejército del Norte de Virginia, mandado por Robert E. Lee, se enfrentó al mayor Ejército de la Unión, comandado por el incompetente John Pope. Veinte mil soldados, muertos y heridos, vertieron su sangre en el suelo ya teñido de rojo por la primera gran batalla de la Guerra Civil, un año antes. (La costumbre sureña de dar a las batallas el nombre de la población más cercana consagró esta carnicería como la «Segunda Batalla de Manassas», mientras que en el Norte, donde las batallas se bautizaban con el nombre del río o la corriente más cercanos, se llamó «Segunda Batalla de Bull Run».) Obama, que había iniciado su campaña para las elecciones generales en Prince William, era muy consciente de que hablaba en terreno simbólico, glorificado por una antigua guerra pero incompletamente redimido del legado de la esclavitud.

Hacia las 22:30 horas, cuando por fin subió al escenario, después de un largo retraso provocado por el tráfico a la salida del Aeropuerto de Du-

² Jon Teaford, *Post-Suburbia. Government and Politics in the Edge Cities*, Baltimore, 1997, p. 6.

lles, se mostró cansado pero triunfante. Como había hecho antes cientos de veces, prometió que el «rígido sentido de la responsabilidad» de sus seguidores definiría su nuevo gobierno, frente a la «avaricia y la incompetencia» que había caracterizado la era de Bush. Los seguidores más jóvenes entonaban repetidamente el lema de la campaña, tomado de la lucha de los agricultores californianos en la década de 1960, «*Yes we can!*» (originalmente en español «¡Sí se puede!»). Casi tan alto como Lincoln, y a veces casi tan elocuente, Obama provocó un último e inmenso vítor al decir «Virginia, tú puedes cambiar el mundo»³.

Obama supera a Lee

En 2004, George W. Bush ganó en Virginia con un 54 por 100 y en Prince William con un 52,8 por 100. Desde 1948, sólo Lyndon Johnson había conseguido atraer el Viejo Dominio para los demócratas, y John McCain era favorito para conservar la tradición republicana en un Estado famoso por el elevado número de votantes militares y cristianos conservadores. El Prince William County, controlado por los republicanos y notable por su delegación derechista en la asamblea legislativa de Richmond, así como por la reciente persecución a inmigrantes latinos indocumentados, «se enorgullecía de ser el último reducto republicano del norte de Virginia»⁴.

Al final, los votantes de Virginia, incluidos los buenos burgueses de Prince William, dieron a Barack Obama una victoria del 52,7 por 100 en el estado, y un margen del 57,6 por 100 en el condado, un asombroso aumento del 12 por 100 respecto a 2004. Mientras que Kerry sólo obtuvo una de las cuatro grandes regiones de Virginia (el norte), Obama obtuvo con facilidad tres, sumando la región de la Capital, y la de Hampton Roads, en el este de Virginia; mientras que McCain obtenía a duras penas un pobre consuelo en la zona de los Apalaches, al sudoeste⁵. Fue un resultado impresionante. Un demócrata negro con nombre musulmán había llegado a Manassas y, en efecto, vencido a los fantasmas de Robert E. Lee y Jim Crow. ¿Está cambiando el mundo, como resultado? ¿Han dado por fin un bandazo hacia la izquierda las rígidas placas tectónicas de la política electoral estadounidense?

La sefología [*psephology*] –el análisis estadístico de las elecciones– es una inescrutable obsesión estadounidense, como mascar tabaco o cazar alima-

³ El mitin de Manassas puede verse en YouTube. A no ser que se indique lo contrario, los datos de las encuestas se han tomado de Edison Media Research y Mitofsky International, los entrevistadores para la Nacional Election Pool (formado por ABC, CBS, NBC, CNN, Fox y AP), y puede accederse a ellas desde cualquiera de las páginas de los patrocinadores. Los resultados de las elecciones presidenciales en cada condado proceden del mapa actualizado de *The New York Times* en [<http://elections.nytimes.com>].

⁴ K. Mack, «Prince William, the State's Bellwether», *Washington Post*, 12 de noviembre de 2008.

⁵ «Blue Virginia», 2008 Election Brief, Metropolitan Institute, Virginia Tech.

ñas. Aunque Margaret Thatcher, Tony Blair y Ehud Barak han jugado con este arte oscuro, y originalmente fue un británico el que acuñó este término de origen griego en la década de 1950, sólo los nacidos en un pantano de Louisiana o un bufete de abogados de Washington poseerán el consumado instinto para extraer estrategias ganadoras de unos cuantos detalles de una votación electoral. Algunos han comparado los análisis de las votaciones con la sutil habilidad de un sumiller, pero es de hecho más similar (por ampliar la analogía francesa) a la aguda atención que los médicos de Luis XIV prestaban a los contenidos del orinal regio. Dado que recientes elecciones nacionales se decidieron por los *hanging chads** de Florida y unas cuantas papeletas ausentes en Ohio, el más mínimo desvío estadístico de la tendencia establecida atrae intensa inspección de los epígonos de Lee Atwater y James Carville. En su búsqueda de unos cuantos votos decisivos, los «cuartos de calderas» de la campaña se dedican monásticamente a seguir oscuras tendencias en YouTube y las microencuestas a los vegetarianos de Nebraska.

Desde esta perspectiva, la victoria de Obama en Virginia y en otros «estados oscilantes», como Colorado, Florida y Carolina del Norte, constituyen el anillo de oro: la aceleración del cambio de actitudes del electorado que se da una vez por generación. A los analistas conservadores, en especial, les preocupa que las elecciones puedan augurar una transformación política comparable a dos victorias que hicieron época, la de Roosevelt en 1932 y la de Reagan en 1980. De hecho, con la repentina ruina de Wall Street y Detroit, y el temor apoderándose del alma de la clase media suburbana, el Partido Republicano parece disolverse en un interminable rencor de facciones sectarias y líderes de culto con limitado atractivo nacional, como Sarah Palin. En contraste, Obama ha abierto generosamente las puertas de la Casa Blanca a clintonistas y republicanos, reforzando su imagen de centrista pragmático y enfocado en un gobierno competente y en la unidad nacional.

En su mayoría, los expertos políticos y los estrategas de partido sopesan el significado de estas elecciones en la balanza de la teoría del realineamiento electoral propuesta por primera vez en 1955 por V. O. Key Jr., el legendario politólogo de Harvard, y más tarde desarrollada en detalle por su discípulo del MIT, Walter Dean Burnham. Para explicar el ascenso y la caída de sucesivos sistemas de partido desde Andrew Jackson hasta Ronald Reagan, postulaban una causalidad análoga al paradigma del «equilibrio puntuado» propuesto en paleontología por Eldredge y Gould, en el que la evolución electoral se comprime en reorganizaciones episódicas que se sincronizan con grandes crisis económicas (1896, 1932 y 1980). Aunque muchos académicos siguen siendo escépticos, la tesis de Key y Burnham sobre

* *Hanging chads* hace referencia a una papeleta de voto en la que debe desprenderse una parte, *chad*; si ésta en lugar de desprenderse por completo se queda colgando, deberá entonces decidirse si atribuir el voto al candidato o anularlo. [N. de la T.]

las «elecciones decisivas» [*critical election*] que realinean de manera duradera los bloques de interés y las lealtades partidistas, sigue siendo el santogrial de todas las campañas presidenciales actuales⁶.

En su libro *Critical Elections and the Mainsprings of American Politics*, Burnham proporciona una definición razonablemente canónica:

El realineamiento decisivo está característicamente asociado con alteraciones de corta duración, pero muy intensas, de los patrones tradicionales de conducta de voto. Los partidos mayoritarios se convierten en minoritarios; la política que en otro tiempo era competitiva se vuelve no competitiva o, al contrario, áreas hasta entonces de un solo partido se convierten entonces en campos de intensa competencia entre partidos; y grandes bloques del electorado activo –minorías, por supuesto, pero que abarcan quizá hasta un quinto o un tercio de los votantes– cambian su fidelidad política⁷.

Aunque la mayoría del 53 por 100 obtenida por Obama en la votación popular no es la victoria aplastante obtenida por FDR en las elecciones de 1932 (57 por 100), sí mejora lo obtenido por Reagan en 1980 (51 por 100) y, por supuesto, ensombrece la primera pluralidad fortuita de Clinton (43 por 100 en unas elecciones con tres candidatos)⁸. Exceptuando las cuatro victorias de Roosevelt y el arrasamiento de Barry Goldwater por parte de Lyndon Johnson en 1964, Obama ha obtenido mejores resultados que cualquier otro candidato demócrata desde la Guerra Civil, y su campaña cumple los criterios de Burnham de abrir el terreno enemigo a una intensa competencia y al mismo tiempo mover nuevos votantes y grupos de interés en nombre del partido insurgente.

Su victoria, además, se forjó mediante una novedosa estrategia de comunicaciones políticas, dentro de redes sociales de internet que apenas existían en 2000 y que los políticos de más edad siguen conociendo mal. Aunque las campañas de 1932 y de 1960 introdujeron también grandes innovaciones de tecnología política (radio y televisión, respectivamente), la campaña demócrata de 2008 fue uno de esos saltos de un universo mediático a otro indicados por Marshall McLuhan.

⁶ V. O. Key, «A Theory of Critical Election», *Journal of Politics*, XVII, 1 (1955); y Walter Dean Burnham, *Critical Elections and the Mainsprings of American Politics*, Nueva York, 1970. Se puede encontrar una crítica influyente en David Mayhew, *Electoral Realignments*, New Haven, 2004.

⁷ W. D. Burnham, *Critical Elections and the Mainsprings of American Politics*, cit., p. 6.

⁸ El resultado nacional del 56,8 por 100 (en proporción al universo de votantes registrados) no batió récords históricos, en parte por un relativo descenso de los votos emitidos en la costa oeste y en Nueva York, donde la victoria de Obama estaba asegurada. Por otra parte, se produjo un drástico aumento de participación de los votantes en el sur profundo (tanto negros como blancos), en el oeste intermontañoso (la región situada entre las rocosas, la cordillera de las cascadas y sierra nevada), en los condados latinos y en las pequeñas ciudades industriales del medio oeste. Véase «New Voters, New Power Bases» con mapa, *New York Times*, 6 de noviembre de 2008.

Ampliando el sorprendente e impactante modelo de internet introducido por Howard Dean en las primarias de 2004 (y conservando las sagaces habilidades de Dean como presidente nacional demócrata), la campaña de Obama usó la experiencia de Silicon Valley para cosechar un El Dorado de pequeñas donaciones mediante redes sociales y páginas de campaña electoral⁹. Como Joshua Green señalaba con admiración en *The Atlantic*, «durante el mes de febrero [...] su campaña reunió 55 millones de dólares –45 millones por internet– sin que el propio candidato presidiera un solo acto de recogida de fondos»¹⁰. Aunque intentaba competir con esta superfuerza digital, la campaña de Clinton quebró en el verano, y McCain fue superado en el otoño en 154 millones de dólares, un drástico cambio de la habitual ventaja económica republicana en las elecciones presidenciales¹¹.

Un derroche de fondos de guerra permitió a la campaña intensificar los esfuerzos de registro de votantes en todo el país y aumentar los ataques por sorpresa en los medios de comunicación en un número inaudito de Estados. Los demócratas hicieron asimismo un uso brillante de los votos por correo (casi un tercio de los totales) para garantizar el sufragio de obreros, personas mayores que no salen de casa y residentes de los barrios pobres del centro de las ciudades, todos los cuales tienen tradicionalmente problemas para conseguir tiempo libre para votar, o soportan esperas inusualmente largas en los colegios electorales. Se desplegaron nuevas armas, como el blog del candidato –una versión digital de la charla amistosa– y los mensajes políticos virales para apoyar a un enorme ejército de voluntarios (5.000 tan solo en Prince William County), mientras la saturación publicitaria en televisión, las llamadas telefónicas automáticas, y los regimientos de estrellas del rock debilitaban las posiciones del enemigo.

El bando de Obama aprovechó cualquier oportunidad para calificar las elecciones de monumental conflicto tecnogeneracional, enfrentando las múltiples y matizadas redes de jóvenes contra los obesos oyentes de cascarrabias emisoras de AM y robotizadas congregaciones evangélicas. Efectuando tareas múltiples en su querida Blackberry o enchufado a su reproductor de MP3 durante el ejercicio matutino, Obama se podía calificar fácilmente como el epítome de esas competencias del siglo XXI que en opinión de algunos psicólogos pueden representar un salto revolucionario del ser humano, mientras que McCain, con su confesa fobia al ordenador y sus elocuciones arcaicas («Amigos míos...»), era blanco de caricaturas como la de un paciente de alzhéimer huido.

Pero las revoluciones de las comunicaciones políticas no producen realineamientos automáticos, y las nuevas eras ampliamente aclamadas en la historia política estadounidense han resultado ser a veces espejismos de

⁹ El momento de concepción de la política en internet, sin embargo, fue la creación de Moveos.org en 1998. C. Cannon, «Movin' On», *National Journal*, 2 de diciembre de 2006.

¹⁰ J. Green, «The Amazing Money Machine», *The Atlantic* (junio de 2008).

¹¹ Federal Election Commission, en [www.fec.gov].

corta duración. En la cauta interpretación de Burnham, unas «elecciones realineadoras» sólo pueden ratificarse como línea divisoria después de que el sistema político ha empezado claramente a consolidar sus resultados. Así, la victoria de Carter en 1976, que algunos contemporáneos saludaron como el renacimiento demócrata en el sur, llevó directamente el partido dividido a un desesperado *cul de sac*, mientras que la derrota de George Bush padre por parte de Clinton en 1992 fue un logro compartido con el multimillonario independiente Ross Perot, que secuestró el 19 por 100 de los votos, principalmente de Bush, y pronto fue puesta a prueba por la victoria aplastante de los republicanos en la Cámara de Representantes en 1994. (Como nos recuerda Matt Bai, «la próspera década de 1990 había sido de hecho la peor década del partido desde la próspera década de 1920»)¹².

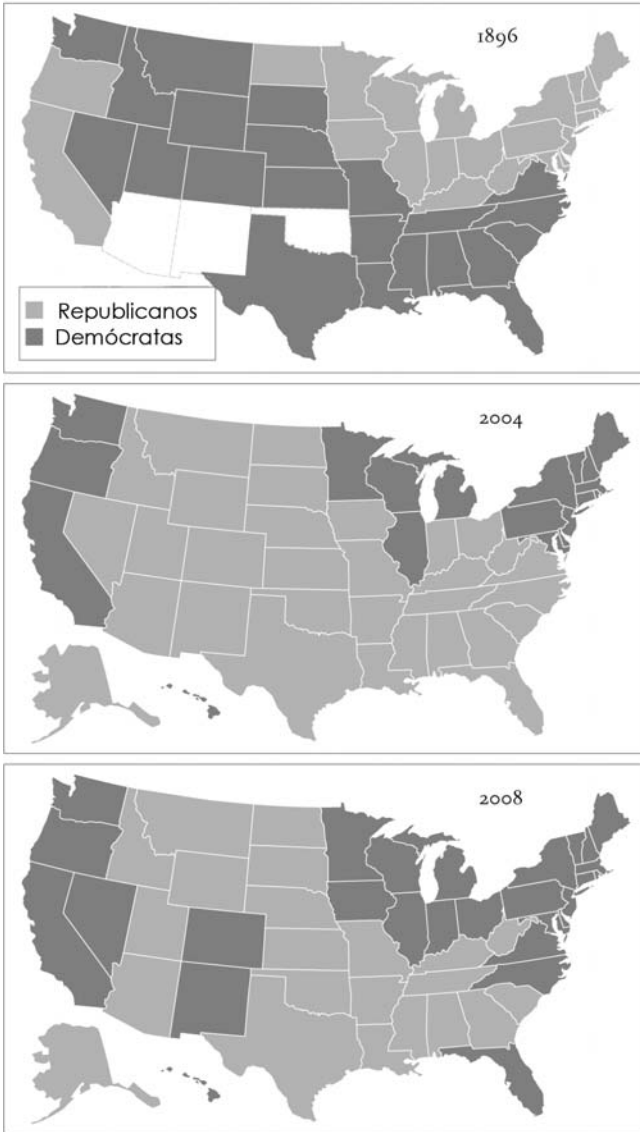
Obama, que será el primer presidente que deba enfrentarse al doble reto de la guerra en el exterior y la depresión económica, corre el riesgo de que los republicanos resurjan en 2010 o 2012. Además, su popularidad, como la de Bill Clinton, supera a la de su partido, y en noviembre lo acompañó a la victoria un contingente de nuevos escaños demócratas muy poco impresionante. (Los demócratas habían esperado ganar 10 nuevos escaños en el Senado y 30 o más nuevos escaños en la Cámara de Representantes; en realidad tuvieron que contentarse con 7 y 21, respectivamente.) Pero es probable que los sefólogos den a Obama más probabilidades de liderar un realineamiento partidista que las que les otorgaron a Carter o a Clinton. Hasta los análisis más preliminares de las elecciones presidenciales de 2008 revelan nuevas alianzas y cambios de lealtades, que una crisis económica cada vez más profunda puede cimentar en una duradera mayoría demócrata o si no progresista.

Estas potenciales tendencias al realineamiento incluyen la desaparición del «1896 invertido» en el mapa de las elecciones nacionales; el probable punto máximo del voto evangélico y de la estrategia republicana de «guerra cultural»; las victorias de Obama en condados suburbanos indicadores de tendencias para Karl Rove; la reaparición de una coalición arco iris en el electorado; una reacción latina contra el nativismo; y el triunfo político de la nueva economía sobre la vieja.

La descomposición del Estados Unidos rojo

En las famosas «elecciones decisivas» de 1896, William McKinley, representante por Ohio y republicano partidario del patrón oro, llegó a la Casa Blanca con un abrumador apoyo en los estados del nordeste y de los grandes lagos, más California y Oregón. Por el contrario, su oponente, el representante demócrata de Nebraska y «silverita» [partidario del patrón pla-

¹² Matt Bai, *The Argument. Billionaires, Bloggers and the Battle to Remake Democratic Politics*, Nueva York, 2007, p. 7.



Elecciones estadounidenses de 1896, 2004 y 2008.

ta] William Jennings Bryan, atrajo los votos electorales más escasos de la región intermontañosa, las grandes llanuras y la antigua confederación. En otras palabras, los republicanos partidarios de los aranceles proteccionistas dominaban los corazones industriales, mientras que los demócratas partidarios del dinero barato manifestaban el descontento de mineros y agricultores en las periferias occidental y sureña.

A lo largo de la pasada década, el inverso exacto del voto de 1896 ha definido la distribución de los denominados estados rojos [republicanos] y

estados azules [demócratas]. Así, el Maquiavelo de Bush, Karl Rove, basó directamente sus estrategias de campaña presidencial en 2000 y 2004 en las invulnerables mayorías republicanas en el oeste y en el sur anteriormente bryanista, mientras que Gore y Kerry contaban con los sólidos demócratas del ex corazón mckinleysta. Los grandes estados oscilantes de las décadas de 1960-1980, California y Texas, habían sido capturados, respectivamente, por los demócratas progresistas y por los republicanos conservadores en la década de 1990, y por lo tanto, lo que quedaba en juego, en una era de votaciones populares extremadamente parejas, eran un puñado de «estados púrpura»: los más importantes, Colorado, un estado rico en votos, Missouri, Ohio y Florida.

Aunque (como veremos) un simple cambio de magnitud analítica produce un punto de vista distinto en esta guerra recalentada entre los estados, como compleja lucha entre electorados en los núcleos y en las periferias de los sistemas metropolitanos y de los corredores urbanos, el concepto de divisoria regional básica en la política presidencial se grabó de nuevo en el imaginario social de la época de Bush. De hecho, la mayor parte de la función de Sarah Palin como candidata a la vicepresidencia con McCain era la de recordar de manera incesante y molesta a los votantes la «América real» –glorificada por su deprimente área suburbana de Anchorage– y su ajeno Otro.

En teoría, sin embargo, un candidato a presidente no necesita atraer una nación roja o azul, ni siquiera barrer en una mayoría de Estados: los votos electorales de los once Estados más populosos bastarían. Obama obtuvo nueve, y sólo perdió Texas y Georgia. Al sustraer tres de los estados sureños más grandes, y tres de los estados más populosos de la región intermontañosa al mapa invertido de 1896, destruyó los mitos roveanos del (nuevo) sur sólido y del Estados Unidos de estados rojos.

En la antigua confederación, que contiene aproximadamente un tercio de la población estadounidense, McCain perdió Virginia, Carolina del Norte y Florida: grandes estados de economías avanzadas y nivel de enseñanza elevado, con electorados en rápido crecimiento. Tanto en Virginia como en Carolina del Norte, la victoria de Obama se basó en una alianza de afroamericanos y profesionales blancos, reforzada por inmigrantes y estudiantes universitarios¹³. En Georgia, por su parte, Obama obtuvo una proporción de votos (47 por 100) mayor que la de cualquier demócrata desde Jimmy Carter, lo cual situó de nuevo al estado Melocotón en la categoría de oscilante. A los estrategas republicanos debería preocuparles en especial su fuerte resultado (45 por 100) en el cinturón suburbano exterior de Atlanta –los condados de Cobb y Gwinnett, con una población de casi mi-

¹³ Obama obtuvo el 39 por 100 del voto blanco en Virginia, frente al 32 por 100 obtenido por Kerry; y el 35 por 100 en Carolina del Norte, frente al 27 por 100 de Kerry. Véase Charles Franklin, «White Vote for Obama in the States, Part 2», en [www.pollster.com], 15 de noviembre de 2008.

llón y medio de habitantes— donde una creciente clase media negra, junto con una significativa migración latina, está erosionando uno de los bloques de voto conservador más importantes del país. Aunque McCain ganó en Texas por casi un millón de votos, perdió los condados de Dallas y Harris (metrópoli de Houston), aumentando así las esperanzas demócratas de poner fin a la supremacía republicana en el siguiente ciclo electoral¹⁴.

En el oeste, el senador de Illinois se hizo con los cruciales votos electorales de Colorado, Nevada y Nuevo México. Por primera vez, los demócratas alcanzaron la mayoría, aunque por muy poco, en los votos presidenciales sumados de los cinco «megas» de la región intermontañosa, la zona del país con más rápido crecimiento. Estos nuevos Los Angeles (fuertemente poblados por californianos fugitivos) se han convertido en campos de batalla electoral de primera división y se les asignarán al menos tres escaños más para el Congreso en la próxima revisión del Censo¹⁵. En consecuencia, figuran de manera importante en las esperanzas demócratas de que se produzca un realineamiento duradero.

En otras partes del oeste, Obama realizó un impresionante progreso respecto a Kerry en Montana, dio a los demócratas razones para vivir en Idaho, aumentó su mayoría en Tucson, tomó Omaha (obteniendo el primer voto electoral demócrata en Nebraska desde 1964), y conquistó Salt Lake County (que Bush había ganado por 80.000 votos en 2004)¹⁶. Los republicanos, por su parte, conservaron millones de acres de tierras deshabitadas en Alaska, Wyoming y los estados de las llanuras, y con ayuda de sus electorados occidentales —mormones y jubilados— evitaron lo que algunas encuestas predecían como posible descalabro en el estado natal de John McCain, Arizona.

CUADRO 1: *Cambios electorales en las cinco «áreas metropolitanas» occidentales*

	Porcentaje de voto demócrata	
	2000	2008
1. Wasatch Front (Salt Lake City-Provo)	27	37
2. Front Range (Gran Denver)	46	56
3. Nuevo México (Albuquerque-Santa Fe)	54	63
4. Corredor del Sol (Phoenix-Tucson)	47	44
5. Las Vegas	55	57
Media	45,8	51,4

¹⁴ D. Mann, «Turning Houston Blue», *The Texas Observer*, 17 de octubre de 2008.

¹⁵ M. Teitelbaum, «Census Estimates Show Clout Again Likely to Go West and South», *CQ Today Online News*, 23 de diciembre de 2008.

¹⁶ Además de la ligera victoria de Obama, los demócratas —incluidos dos de origen japonés— se hicieron con el control del consejo de Salt Lake County. Entre las consecuencias es

A lo largo de todos los Estados cálidos del sur, además, Obama obtuvo un importante éxito en los importantísimos «corredores tecnológicos» que lideran el crecimiento regional: las áreas suburbanas de Washington DC en el norte de Virginia así como el llamado «Creciente de Chesapeake»: el triángulo de la investigación de Carolina del Norte, la costa espacial de Florida, las ciudades de la Front Range [cordillera frontal] de Colorado, el corredor Albuquerque-Santa Fe en Nuevo México, y Silicon Valley con todas sus periferias en la costa oeste. Mientras que en 2004 Kerry había perdido 97 de los 100 condados de crecimiento más rápido, Obama ganó en 15, incluidos los tres mayores, y añadió al menos 8 puntos porcentuales a la causa demócrata en otros 29.

Y el Partido Republicano tampoco encontró solaz en el patriotismo y los valores de familia de los viejos corazones industriales. McCain tenía originalmente grandes esperanzas de atraer a los votantes obreros de raza blanca, en gran medida católicos, que en las primarias se habían adherido a la encarnación que Hillary Clinton suponía de Rosie the Riveter [Rosie la Remachadora, nombre genérico dado a las obreras fabriles durante la Segunda Guerra Mundial]. Pero a la sombra de un sector automovilístico que se hunde, unos valores familiares en descenso, y unas cuentas de jubilación mermadas, la enorme mayoría de los que votaron a Clinton desdijeron los anuncios de «Joe el fontanero» presentados por McCain para inclinarse por la repetida aunque vaga promesa hecha por Obama de salvar los puestos de trabajo fabriles estadounidenses¹⁷.

La victoria demócrata más inesperada en la región fue la de Indiana, un Estado con mucha población obrera pero culturalmente conservadora que dio a Bush un porcentaje mayor de voto en 2004 (60 por 100) que Mississippi, y por lo tanto se consideraba terreno apenas competitivo. En la pasada generación de cierre de fábricas y retroceso económico, los habitantes de Indiana [llamados *boosiers*] probablemente ofrecen un ejemplo aun mejor que los de Kansas para el famoso argumento, planteado por Thomas Frank en su libro *What's the Matter with Kansas?* (2004), de que la ira cultural ha hecho que grandes segmentos de la clase trabajadora blanca se confunda y vote contra su propio interés económico. En Indiana, al menos, la conciencia de clase ha experimentado un renacimiento.

probable que se incluyan prestaciones sanitarias para las parejas de hecho, derecho de negociación colectiva para los trabajadores públicos del condado y una comisión independiente para redistribuir los distritos. La capital del Deseret de Brigham Young continúa por lo tanto su reciente evolución hacia la izquierda. Véase Jeremiah Stettler, «In Salt Lake County, election shifted power swings to Dems», *The Salt Lake Tribune*, 6 de noviembre de 2008.

¹⁷ La gran excepción fue la antigua región siderúrgica que rodea Pittsburg, en el oeste de Pennsylvania, pero Obama consiguió fácilmente el Estado con la ayuda de los votantes que cambiaron de bando en las áreas suburbanas de Filadelfia, antes republicanas.

De hecho la victoria de Obama se debió más a un enorme incremento del apoyo blanco (45 por 100 frente al 34 por 100 de Kerry), en especial en pequeños centros industriales golpeados como Evansville, Kokomo y Muncie –los originales «Middletown» de los famosos estudios de Lynds en las décadas de 1920 y 1930– que habían votado sólidamente a Bush en 2004. Como James Barnes explicaba en *National Journal*, «forma parte de la antes vibrante área de fabricación automovilística del Estado, pero buena parte de esa industria ha desaparecido, y los votantes que en pasadas elecciones votaron basándose en asuntos sociales (Anderson es sede de la Iglesia de Dios) o de seguridad nacional pueden ahora atraerse con un fuerte tono económico»¹⁸.

Éste fue exactamente el tono adoptado por la adinerada campaña de Obama, que envió a miles de apasionados voluntarios a hablar de puestos de trabajo y problemas económicos, mientras McCain se centraba en el esfuerzo poco efectivo de las vociferantes iglesias evangélicas y las desalentadas cámaras de comercio¹⁹. El éxito demócrata en Indiana se reprodujo en el vecino estado noroccidental de Ohio, donde las enérgicas fuerzas de Obama, procedentes de la herrumbrosa pero todavía orgullosamente sindical Toledo, pidieron el voto en los anteriores baluartes que Bush tenía en los exurbios y en las ciudades fabriles adyacentes. Como resultado, los demócratas poseen ahora toda la ribera de los grandes lagos por primera vez desde Lyndon Johnson.

Obama también obtuvo unos resultados sorprendentemente buenos en la zona rural del lago Wobegone: la capa luterana del norte del medio oeste, crisol histórico de la insurgencia política, en la que 50 condados rurales blancos de Wisconsin, Minnesota e Iowa que habían votado a Bush en 2004 cambiaron a su favor. Aunque perdió Dakota del Norte, redujo el margen republicano de 2004 en un enorme 19 por 100. En Missouri, donde Obama venció en varias áreas suburbanas de St. Louis tradicionalmente conservadoras, las elecciones alcanzaron prácticamente un empate, y McCain acabó ganando por menos de 4.000 votos rurales²⁰.

¹⁸ J. Barnes, «Obama Pulls Off a Hat Trick of Outreach», *National Journal*, 8 de noviembre de 2008. De manera casi increíble, las encuestas a pie de urna en Indiana indicaban un ligero descenso de la preferencia de los votantes negros por Obama en relación con el voto recibido por Kerry.

¹⁹ «Las encuestas a pie de urna demuestran que casi la cuarta parte de los votantes entrevistados dijeron que algún miembro de la campaña de Obama se había puesto en contacto con ellos para convencerlos de que votasen, frente al 8 por 100 de los contactados por miembros de la campaña de McCain. De los contactados por la campaña de Obama, casi tres cuartas partes afirmaban haber votado por él». «State by State», *New York Times*, 6 de noviembre de 2008.

²⁰ Aunque en esta ocasión la campaña de Nader se pasó por alto en los medios de comunicación nacionales, ciertamente los 17.000 votos que obtuvo en Missouri amargaron las esperanzas de los demócratas locales.

Ganados por Obama

1. Estados republicanos clave: Virginia, Carolina del Norte, Indiana	39
2. Inclinación republicana: Nevada, Florida, New Hampshire	36
3. Estados oscilantes: Pensilvania, Ohio, Colorado, Nuevo México	<u>55</u>
	130

Ganados por McCain

1. Estados demócratas clave: Virginia Occidental (también ganada por Bush)*	5
2. Estados oscilantes: Missouri	<u>11</u>
	16

* Los republicanos no ganan unas elecciones al Senado en Virginia Occidental desde 1956. Aunque McCain obtuvo un 56 por 100 de los votos (el mismo porcentaje que Bush en 2004), el gobernador demócrata del Estado obtuvo con facilidad la reelección y los republicanos se vieron convertidos en una minoría aún más pequeña en el legislativo estatal.

En el nordeste, por su parte, las elecciones fueron un caso de extinción para el Partido Republicano, que perdió el último representante de Nueva Inglaterra que tenía en la Cámara. El Duches County de Nueva York –notable en las décadas de 1930 y 1940 por ser una ciénaga envenenada de opositores acérrimos a Roosevelt– se unió discretamente a la avalancha de Obama, al igual que una de las últimas plataformas suburbanas del Partido Republicano en el área metropolitana de la ciudad de Nueva York: Suffolk County, al este de Long Island.

Las escasas mejoras de McCain respecto a los resultados obtenidos por Bush en 2004 se limitaron a las parroquias de cajunes en Louisiana y al sur montañoso, un cinturón de 650 kilómetros de largo formado por condados de mayoría evangélica blanca que se extiende desde los montes del este de Oklahoma hasta las montañas de Virginia Occidental. Allí, en apariencia, la raza y/o la religión fundamentalista modelaron decisivamente los resultados. El llano y sarcástico Bill Clinton había sido popular en esta región en general pobre, pero fue poco consuelo para «William Jennings» McCain* ganar Jonesboro y Hazard cuando perdía demografías clave en Charlotte y Orlando²¹.

* Respecto al estilo carismático de Obama, McCain declaró: «Creo que a los ciudadanos les interesa mucho el fondo. Si fuera simplemente cuestión de estilo, William Jennings Bryan habría sido presidente». William Jennings Brian fue candidato a la presidencia estadounidense en 1896, 1900 y 1908. [N. de la T.]

²¹ La política nacional y estatal no siempre se resumen mutuamente en Estados Unidos. Por ejemplo, cinco de los estados ganados cómodamente por Bush en 2004 y por McCain en 2008 tienen sólidas mayorías demócratas en sus cámaras estatales (Arkansas, Alabama, Kentucky, Mississippi y Virginia Occidental).

Los republicanos pierden su ventaja

Si la táctica más inteligente del equipo de Obama durante las primarias fue la de adelantar a la enorme fuerza de Clinton atrayendo a los demócratas a menudo olvidados de los «Estados electorales» en gran medida republicanos, su medida más audaz después de la convención fue la de concentrar recursos inauditos para cambiar el voto de grandes condados residenciales que hasta el momento se habían considerado inalterablemente republicanos. Gore y Kerry, con menos dinero y menos audacia, habían evitado las grandes incursiones en el terreno central de Rove para movilizar más votos en los núcleos metropolitanos y en las áreas suburbanas internas, más fiablemente demócratas. Pero la campaña de Obama asumió la estrategia de que «es posible hacer oscilar las áreas suburbanas», como en las recientes elecciones de Virginia había probado con éxito el avezado jugador demócrata Mike Henry. Y de esa forma plantaron de manera desafiante la bandera en demografías dinámicas como Prince William County, donde calculaban que a los gestores de franquicias, contables y funcionarios les preocupaba más el desplome de sus cuentas de jubilación 401-K y las pérdidas del patrimonio inmobiliario que el espectro del matrimonio gay. Aunque la raza sigue siendo un obstáculo formidable para la completa conversión de los votantes de antiguos bastiones suburbanos de la huida blanca, la campaña creía que eso ya no impide la posibilidad de que los demócratas ganen²².

CUADRO 3: *Desaparición de la mayoría residencial*

Voto residencial republicano (porcentaje)

1984	61
1988	57
2004	52
2008	48

Fuente: N. Ornstein, «The GOP's deep hole», *Los Angeles Times*, 9 de noviembre de 2008

Esta estrategia suburbana, sin embargo, tiene un precio: una retórica de campaña que obsesivamente favoreció las necesidades de la «clase media», pero rara vez se centró en el desempleo estructural o en las cuestiones patrimoniales que afectan a millones de los votantes urbanos y no blancos de Obama. Además, la mayoría de los demócratas que se presentaron en las áreas suburbanas externas (como la anterior cohorte de 2006) competían con programas conservadores –a menudo a favor de las armas y contrarios a los impuestos y la inmigración– que exigían un mínimo cambio ideológico de los votantes. Como Chris Cillizza, analista ideológi-

²² A. MacGillis y J. Cohen, «Democrats Add Suburbs to Their Growing Coalition», *Washington Post*, 6 de noviembre de 2008.

co jefe de *The Washington Post*, advertía a los progresistas después de las elecciones: «Casi con seguridad, el hecho de que aproximadamente un tercio de la mayoría demócrata de la Cámara de Representantes ocupe escaños con apoyos republicanos (al menos a escala presidencial) impedirá sacar adelante en el Congreso un programa progresista de ensueño. La primera norma de la política es la supervivencia, y si estos recién llegados a Washington quieren quedarse, es probable que se formen un expediente de voto centrista de aquí a 2010»²³.

Pero la mayoría de los demócratas progresistas se dejaron cegar por la luz de las grandes victorias de Obama en los condados suburbanos que habían sido cruciales para Bush en 2004: Jefferson y Arapahoe (área metropolitana de Denver) en Colorado, Hillsborough (Tampa) en Florida, Wake (Raleigh) en Carolina del Norte, Washoe (Reno) en Nevada, Berks y Chester (Filadelfia) en Pensilvania, Hamilton (Cincinnati) en Ohio, Macomb (Detroit) en Michigan, y Riverside en el sur de California²⁴. De hecho, obtuvo 9 de las 12 áreas suburbanas oscilantes de los doce Estados oscilantes seguidos por el Metropolitan Institute (Kerry sólo había alcanzado victorias ajustadas en tres de ellas)²⁵. También conquistó 2 de los 3 icónicos condados republicanos llamados Orange (Florida y Nueva York), y dio un buen susto al bando de McCain en el tercero (California).

CUADRO 4: *Orange County* (tres condados)

	<i>Voto republicano (porcentaje)</i>	
	1992	2008
Nueva York	62	48
Florida	65	40
California	68	51

«Área suburbana», sin embargo, es una caracterización casi oscurantista de la localización socioespacial de estos votantes oscilantes. Los geógrafos urbanos y los científicos políticos han propuesto tipologías distintas para describir las metrópolis «post suburbanas», pero ha habido poco consenso acerca de cómo definir o como llamar al nuevo mundo situado más allá Levittown²⁶. El reciente análisis de las elecciones, sin embargo, ha prefe-

²³ C. Cillizza, «Five Myths About an Election of Mythic Proportions», *Washington Post*, 16 de noviembre de 2008. Véase también R. Cohen y B. Friel, «The New Centre», *National Journal*, 7 de marzo de 2008.

²⁴ A. MacGillis y J. Cohen, «Democrats Add Suburbs to Their Growing Coalition», cit.

²⁵ La lista de áreas suburbanas oscilantes se ha obtenido de Robert Lang, *et al.*, «The New Suburban Swingers: How America's Most Contested Suburban Counties Could Decide the Next President», *2008 Election Brief*, Metropolitan Institute, Virginia Tech, p. 5.

²⁶ Robert Lang y Patrick Simmons, «Boomburbs: The Emergence of Large, Fast-Growing Suburban Cities», en Bruce Katz y Robert Lang (eds.), *Redefining Urban and Suburban America. Evidence from Census 2000*, Brookings Institution, Washington DC, 2003, p. 104. (Levittown es el nombre de varias grandes urbanizaciones residenciales construidas en Estados Unidos por William Levitt y su empresa, Levitt&Sons [*N. de la T.*].)

rido el esquema de código de condado desarrollado por Robert Lang y Thomas Sanchez en el Metropolitan Institute del Virginia Tech:

Los *condados núcleo* [core counties] son ciudades centrales densamente pobladas. *Áreas suburbanas internas* [inner suburbs] son áreas periféricas cercanas y densamente edificadas (el 90 por 100 de los residentes viven en un área urbana) y al menos la mitad de los trabajadores trabajan en la ciudad central. *Áreas suburbanas maduras* son condados densos (75 por 100 de los residentes viven en un área urbana), bien establecidos, cuyas poblaciones ya no están en rápido crecimiento. En las *áreas suburbanas emergentes* [emerging suburbs], al menos el 25 por 100 de la población vive en un área urbana, y al menos el 5 por 100 trabaja en el área central. La mayor parte de su crecimiento es reciente. En los *condados exurbanos* [exurban counties], la suburbanización a gran escala acaba de empezar a imponerse, y son los más distantes del centro²⁷.

La tendencia electoral a gran escala en la pasada generación ha sido una creciente mayoría demócrata en las envejecidas áreas suburbanas internas (los primeros y a menudo decepcionantes escalones de la movilidad geográfica y social de los no blancos), un estancamiento político en las áreas suburbanas maduras, demográficamente más estables y segregadas, y grandes y fiables cosechas de votos republicanos en las áreas periféricas externas y exurbanas. «Tanto en los estados rojos como en los azules», escriben Lang y Sanchez,

el patrón es el mismo. Hay un gradiente político metropolitano en las grandes áreas metropolitanas estadounidenses: el centro se inclina por los demócratas y el extremo por los republicanos. En medio de estos extremos, el voto se desliza a lo largo de un continuo, llegando a un punto intermedio principalmente en las áreas suburbanas maduras²⁸.

Pero la burbuja de la vivienda y el frenesí de edificación suburbana en la década de 2000, coincidiendo con la maduración de los mercados laborales en las «*edge cities*» (agrupaciones de alta densidad de espacio para oficinas y para hacer compras, por lo general situadas en la intersección de autopistas radiales y circunvalares), cambiaron el cálculo de las decisiones de ubicación de viviendas y la financiación de hipotecas, induciendo a más familias de minorías o inmigrantes a dar el salto a las áreas suburbanas emergentes, a menudo con la ayuda de préstamos no tradicionales. Como resultado, los hogares no blancos se convirtieron por primera vez en el segmento de áreas suburbanas de más rápido crecimiento en muchas áreas metropolitanas. El reto de la campaña de Obama era usar estas nuevas áreas demográficas como una palanca de Arquímedes para cambiar las áreas suburbanas, incluso del sur, a favor de los demócratas.

²⁷ R. Lang, *et al.*, «The New Suburban Swingers: How America's Most Contested Suburban Counties Could Decide the Next President», cit., p. 2.

²⁸ R. Lang y T. Sanchez, «The New Metro Politics: Interpreting Recent Presidential Elections Using a County-Based Regional Typology», *2006 Election Brief*, Metropolitan Institute, Virginia Tech, p. 5.

Prince William County es de nuevo un indicador de tendencias. Un estudio efectuado el año pasado por la Comisión Regional del Norte de Virginia [*Northern Virginia Regional Commission*] revela que las minorías, en especial latinos y asiáticos, han supuesto un asombroso 94 por 100 del crecimiento de población de Prince William desde 2000. Desde que Bill Clinton llegó a la presidencia, la población no blanca del condado ha pasado de ser menos de la quinta parte hasta alcanzar casi la mitad, y Prince William se convertirá pronto en el primer condado del norte de Virginia con «mayoría de minorías». «Un cambio de población sísmico», escribía el autor del informe, «ha barrido toda la franja sur del norte de Virginia, donde los precios más asequibles de la vivienda, como un poderoso imán, han atraído familias [a las áreas suburbanas externas]; predominantemente familias inmigrantes y de minorías a las que o bien les resulta demasiado caro vivir más cerca o bien buscan más a las afueras un lugar que puedan permitirse comprar»²⁹.

Pero las hipotecas «asequibles» se convirtieron de repente en pérdida de patrimonio y después en ejecuciones hipotecarias en el transcurso de la larga campaña presidencial. Lo que Goldman Sachs había predicho allá por 2006 que sería una «feliz desaceleración», se convirtió en un aniquilamiento general de la riqueza popular y del valor de las viviendas³⁰. En vísperas del final de campaña en Manassas, Prince William County se había convertido en el epicentro de la crisis hipotecaria en el Washington DC metropolitano, con casi 8.000 ejecuciones hipotecarias. Las viviendas unifamiliares habían perdido más del 30 por 100 de su valor; las adosadas, al menos un 40 por 100. Entre el primero y el último mitin de Obama, docenas de empresas habían cerrado en el centro de Manassas, las empresas tecnológicas habían hecho profundos recortes de plantilla, y emergía una nueva página de internet para documentar con placer el creciente número de McMansiones abandonadas en la región³¹.

CUADRO 5: *Voto demócrata en las áreas metropolitanas*

<i>Porcentaje de votos en las 50 áreas metropolitanas más populosas</i>	<i>2004</i>		<i>2008</i>	
Núcleo	71,5		75,5	
Área suburbana interna	53,7		60,3	
Área suburbana madura	52,2		57,2	
Área suburbana emergente	40,3		45,2	
Exurbio	38,1		41,8	

Fuente: «The New Metropolitan Era», Metropolitan Institute, Virginia Tech, 2008.

²⁹ Ken Billingsley citado en N. Miroff, «Diversity Blooms in Outer Suburbs», *Washington Post*, 3 de noviembre de 2008.

³⁰ «A Happy Slowdown?», *CEO Confidencial*, Goldman Sachs, 8 de septiembre de 2006.

³¹ D. Sherfinski, «Sick Suburb», *The Examiner*, 10 de diciembre de 2008; y M. Kane, «At the Frontline of the Foreclosure Crisis, Counties go It Alone», *Washington Independent*, 24 de noviembre de 2008.

Aunque ningún estrato de la sociedad de Prince William estaba exento de la masacre de las hipotecas *subprime*, ésta fue más letal para los nuevos propietarios de vivienda pertenecientes a minorías. En una serie de artículos, *The Washington Independent* narra el destino de Georgetown South, una urbanización de varios cientos de casas adosadas en Manassas, en la que los ayudantes del *sheriff* han estado haciendo horas extras para desahuciar a los obreros residentes, muchos de ellos inmigrantes centroamericanos, atrapados entre sus elevadísimos gastos hipotecarios y el hundimiento de los mercados de trabajo locales. Un triste caso típico es el de un pintor de paredes salvadoreño que ganaba 500 dólares semanales, a quien una filial de (la ahora difunta) Lehman Brothers le había concedido en 2005 un préstamo sin pago inicial, de categoría «Alt-A» (la intermedia entre *prime* y *subprime*), para financiar una casa de 280.000 dólares. En meses recientes, su adosado perdió más de 50.000 dólares de valor, las mensualidades de su hipoteca de interés variable se dispararon de 1.400 a 2.600 dólares, sus inquilinos se vieron obligados a huir ante las medidas disciplinarias del condado contra los latinos indocumentados, y el trabajo en el sector de la construcción se evaporó³².

Proyectadas sobre un lienzo nacional, esas historias explican por qué la cómoda ventaja del 48 al 42 por 100 que McCain mantenía en las áreas suburbanas después de la convención republicana se erosionó durante el otoño más aciago en generaciones³³. Las encuestas demostraron que una proporción significativamente más elevada de los votantes suburbanos de Obama habían perdido recientemente patrimonio de vivienda, el trabajo o ambos. El de Obama se convirtió, de hecho, en el partido del dolor suburbano así como de la diversidad étnica³⁴. Como resultado, las elecciones generales consolidaron una mayoría demócrata en las áreas suburbanas internas y maduras, al tiempo que reducían la diferencia entre partidos en la periferia y movilizaban suficientes votantes blancos como para ganar muchas áreas suburbanas emergentes.

El fulcro arco iris

Este cambio electoral en las áreas suburbanas, por supuesto, refleja cambios aun más fundamentales en el universo electoral estadounidense. En 1976, cuando Jimmy Carter venció a Gerald Ford, el electorado activo era un 90 por 100 blanco no hispano. El pasado noviembre, la porción de blancos había descendido al 74 por 100; una transición hacia la diversidad de los votantes cuyo futuro está asegurado por el impulso demográ-

³² M. Kane, «Foreclosure Machine Grinds On Through Holiday Season», *Washington Independent*, 4 de diciembre de 2008.

³³ Estadística encuesta de *Dallas News*, 5 de octubre de 2008.

³⁴ Nota de prensa, «National Centre for Suburban Studies Releases Results of Only 2008 Presidential Poll to Focus Exclusively on Suburban Voters», Hofstra University, 29 de septiembre de 2008.

fico. Casi la mitad, por ejemplo, de los niños nacidos en Estados Unidos en los pasados años tenían apellido hispano, y las «minorías» estadounidenses contadas por separado constituyen la decimosegunda nación más populosa del mundo (100,7 millones)³⁵. Durante el gobierno de Bush, la población latina con edad de votar en Virginia aumentó cinco veces más que el conjunto de la población, 11 veces más en Ohio, y casi 15 veces más en Pensilvania³⁶. Como bien entienden Karl Rove y otros nerviosos estrategas republicanos, probablemente su partido haya alcanzado su cosecha máxima de votos evangélicos blancos y se verá cultural y políticamente marginado a no ser que eche nuevas raíces entre los inmigrantes y la futura «mayoría de minorías».

De hecho, el verdadero drama del pasado noviembre no fue la participación relativa (sólo una pizca mayor que en 2004), sino su demografía profética³⁷. Los adivinos electorales prestaron especial atención a los votantes de la «generación del milenio» (18-19 años) –supuestamente destetados en Internet, cómodos con la diversidad, pero indignados por el descenso de las oportunidades económicas– como una potente fuerza de realineamiento³⁸. En el primer caso, el milenio llegó puntualmente, y Obama obtuvo dos tercios del voto juvenil (con una participación aproximada del 53 por 100). Pero las tendencias internas de este subuniverso electoral (58-60 millones de individuos) reflejan una drástica variación regional y entre clases sociales.

CUADRO 6: *Votantes de 18-29 años*

	<i>Demócrata</i>	<i>Republicano</i>
2000	48	46
2004	54	45
2008	66	31

La diferencia generacional entre los votantes blancos, por ejemplo, fue grande en Estados como California, Nueva York y Massachusetts, en los que los milenarios dieron a Obama un porcentaje de voto mayor, 10-15 por 100, que las cohortes más viejas, pero el diferencial por edad entre blancos era insignificante o incluso negativo (Carolina del Sur) en algu-

³⁵ US Census Bureau News, «Minority Population Tops 100 Million», 17 de mayo de 2007.

³⁶ Kevin Pollard, «Swing, Bellwether, and Red and Blue Status: Demographics and the 2008 US Presidential Election», en la web de la Population Reference Bureau [Oficina de Referencia de la Población], octubre de 2008.

³⁷ De hecho, la participación electoral en Estados Unidos sigue siendo extremadamente baja en comparación con los porcentajes mundiales. Aproximadamente 100 millones de posibles votantes estadounidenses no votaron el año pasado, a pesar de los 1.600 millones de dólares que ambos partidos gastaron en publicidad política.

³⁸ Scott Keeter, «The Aging of the Boomers and the Rise of the Millenials», en Ruy Teixeira, *Red, Blue and Purple America. The Future of Election Demographics*, Brookings Institution, Washington DC, 2008.

nos estados del sur y de las llanuras. La clase, por su parte, sigue determinando enormemente la participación de los milenarios: en 2000 y 2004, más de dos tercios de los que habían cursado enseñanza superior votaron, mientras que aproximadamente un tercio de los que sólo terminaron la secundaria entraron en una cabina de votación. Pero de los milenarios no universitarios que sí votaron en 2008, la diferencia fue asombrosa, en especial entre los blancos³⁹. Comparado con los votos recibidos por Kerry en 2004, el apoyo de los jóvenes blancos de clase trabajadora a Obama aumentó un 30 por 100 entre las mujeres y un 14 por 100 entre los hombres. Un reciente informe del Partido Demócrata resalta la urgencia estratégica de consolidar este cambio de partido de los jóvenes blancos trabajadores de Burger King y auxiliares de enfermería: «podría desbaratar cualquier intento republicano de reconstruir una coalición Reagan y finalmente garantizar una mayoría demócrata estable a largo plazo»⁴⁰.

CUADRO 7: *Cambio del porcentaje de voto de Kerry a Obama*

Latinos	+14
Negros	+13
Jóvenes	+12
Blancos	+2

Fuente: *The New York Times*, 6 de noviembre de 2008.

Pero el fulcro supremo de las elecciones no fue tanto el factor milenio como la unidad de negros y latinos el día de las elecciones en una renovación de la «Coalición Arco Iris»⁴¹. En el ámbito nacional, los blancos emitieron 700.000 votos menos que en 2004, pero los negros casi tres millones más, proporcionando así a Obama un tercio de su margen de victoria. Considerando la hostilidad inicial de los líderes de la era de los Derechos Civiles hacia Obama y su «falta de raíces», la movilización de los votantes afro-americanos en los Estados disputados fue excepcional, principalmente en Missouri y Nevada, donde la participación aumentó un 74 por 100 y un 67 por 100⁴².

Pero la proporción de negros en el voto nacional, como la de los blancos evangélicos, crecerá muy lentamente, si es que crece, a lo largo de

³⁹ Karlo Barrios Marcelo y Emily Hoban Kirby, «Quick Facts about us Young Voters: The Presidential Election Year 2008», *CIRCLE Fact Sheet*, Tufts University, Boston.

⁴⁰ Andrew Levison, «How Democrats Can Keep and Expand the Support of the Younger White Working-Class Voters Who Voted for Obama in 2008», *The Democratic Strategist*, White Paper, 2008, pp. 1-2.

⁴¹ Casi cierta, aunque no del todo, fue la afirmación hecha por Stephen Ansolabehere y Charles Stewart: «Si negros e hispanos votasen demócrata en 2008 en el porcentaje que lo hicieron en 2004, McCain habría ganado». Véase «Amazing Race: How Post-Racial was Obama's victory?», *Boston Review*, enero-febrero de 2009.

⁴² Jody Herman y Lorraine Minnite, «The Demographics of Voters in America's 2008 General Election», memorando de investigación de Project Vote, 18 de noviembre de 2008.

las próximas décadas. Desde el punto de vista de una mayoría electoral duradera, la ventaja más importante de los demócratas en 2008 fue el enorme apoyo que Obama recibió del electorado latino, en rápido crecimiento y mucho más joven, y que ahora equivale al 12 por 100 de los ciudadanos registrados para votar⁴³. Los votantes de origen mexicano, por ejemplo, remacharon sus importantes victorias en Colorado y Nevada, mientras que los centroamericanos reforzaron su victoria en el norte de Virginia. En Texas, el voto de los tejanos (o especialmente de las tejanas) fue fundamental para arrasar en las grandes ciudades y en el valle del río Grande, a pesar de los habituales anatemas lanzados por los obispos católicos antiabortistas contra los demócratas. Obama ganó Florida gracias en especial a una participación espectacular de los puertorriqueños y de los inmigrantes latinos de la Florida central, reforzada por la rebelión de una mayoría de votantes de origen cubano más jóvenes contra los líderes del exilio geriátrico que durante mucho tiempo fueron los autoritarios cancerberos del poder republicano en el sur de Florida⁴⁴.

CUADRO 8: *El crecimiento de los latinos*

	<i>Porcentaje de votantes</i>		<i>Porcentaje de votos latinos obtenido por Obama</i>
	<i>2004</i>	<i>2008</i>	
Arizona	12	16	56
Colorado	8	13	61
Nevada	10	16	76
Nuevo México	32	41	69

Fuente: J. Herman y L. Minnite, «Demographics of Voters», encuestas a pie de urna citadas en nota 3.

Como en los análisis sobre las causas de la inmigración, es útil distinguir entre factores de «atracción» y factores de «empuje» en la participación de los latinos. A pesar de todas las preocupaciones en años recientes sobre el mal estado de las relaciones entre grupos minoritarios, la sensacional popularidad de Obama entre los votantes latinos jóvenes (76 por 100 en Florida y 84 por 100 en California) atestigua la creciente importancia de la identidad no blanca o mestiza como norma cultural —como desde hace tiempo ocurre en Hawai, el Estado del que procede Obama— así como la creciente integración cultural y social de afroamericanos, latinos, asiáticos e inmigrantes de todo tipo en los barrios de las grandes ciudades y en las áreas residenciales más antiguas⁴⁵. Claramente consideraban que Obama

⁴³ La edad media de la población hispana en 2006 era de 27,4 años, frente a los 36,4 del conjunto de la población. En «Minority Population Tops 100 Million», *Census Bureau News*, 17 de mayo de 2007.

⁴⁴ James Barnes, «Obama Pulls Off a Hat Trick of Outreach», cit.

⁴⁵ Véase William Frey, «Meeting Pot Suburbs», en Bruce Katz y Robert Lang (eds.), cit., pp. 155-179.

abría las puertas de la oportunidad a la nación del hip-hop en general, incluida la posibilidad de un futuro presidente latino o asiático.

Los factores de «empuje» fueron también decisivos. En primer lugar, los latinos/hispanos perdieron en general terreno en la burbuja económica de Bush. Como recientemente informaba el Economy Policy Institute,

el cambio económico más significativo [desde 2000] fue una *caída* del 2,2 por 100 en la renta real de las familias hispanas. Este estancamiento económico de los hispanos se produjo durante un periodo en el que el producto interior bruto creció un 18 por 100 y la productividad de los trabajadores un 19 por 100. Pero a pesar de estas mejoras, la población hispana no se benefició de la riqueza que ayudó a crear en la economía estadounidense a lo largo de la década de 2000⁴⁶.

La situación de las familias hispanas nacidas en el extranjero ha sido más calamitosa. De acuerdo con el mismo informe del EPI, entre 2000 y 2007 sus rentas medias cayeron un 9,1 por 100 y ahora se encuentran en la primera fila del desempleo creado por el hundimiento del sector de la construcción.

En segundo lugar, la comunidad de inmigrantes latinos (y por lo tanto cualquiera de piel morena) se ha visto aterrorizada por la insurgencia nativista del Partido Republicano, un reino de prejuicio imitado o aceptado por muchos demócratas fuera de las ciudades núcleo en las que la mayoría es minoritaria (como Kirsten Gillibrand, el sustituto de Hillary Clinton en el Senado). Aunque los vigilantes «milicianos patriotas» que originalmente encendieron las raíces conservadoras son poco más que pequeños *grupúsculos* polémicos, su agenda central —la construcción de un telón de acero literal a lo largo de la frontera mexicana, la adopción local de leyes contra los inmigrantes y la aplicación de dichas leyes por la policía local— se ha convertido en la política republicana nacional frente a la estrategia de reforma de la inmigración y cultivo de los votos latinos perseguida por Bush y Rove. En algunos condados suburbanos y pequeñas ciudades, los experimentos internos de control de la inmigración se han convertido de hecho en campañas de limpieza étnica.

Una vez más, Prince William County es un paradigma. A medida que la población latina explotaba con el auge de la construcción a comienzos de la década de 2000, grupos como «*Help Save Manassas*» [Ayuda a salvar Manassas] (que describía a los latinos como «una maldición que infesta nuestros vecindarios») se movilizaron para expulsar del condado a los inmigrantes indocumentados⁴⁷. En el verano de 2007, cuando el mercado inmobiliario se agriaba y la demanda de trabajadores para la construcción descendía,

⁴⁶ Algernon Austin y Marie Mora, «*Hispanics and the Economy*», EPI Briefing Paper 225, Washington DC, 31 de octubre de 2008, p. 1.

⁴⁷ K. Mack, «Activists Want Answers on Panel Choice», *The Washington Post*, 23 de septiembre de 2008.

los supervisores del condado votaron unánimemente a favor de cortar los servicios públicos a los trabajadores indocumentados. También ordenaron a la policía, en colaboración con el servicio federal de inmigración (ICE), que comprobase la situación de cada detenido. Los colegios, por su parte, añadieron la exigencia de que los padres presentasen prueba de residencia legal para recoger a su hijo después de clase. «El mensaje que estamos lanzando», presumía el presidente de los supervisores ante el aplauso de los patriotas y sus partidarios en todo el país, «es que “si eres un extranjero ilegal, no eres bien recibido en Prince William County”»,⁴⁸.

Mientras la multitud de Ayudemos a salvar Manassas debatía «si los extranjeros ilegales tienen una estación de cría preferida», *The Washington Post* informaba de que:

la vibrante subcultura latina construida en Prince William County durante más de una década [ha empezado] a deshacerse en cuestión de meses [...] Los latinos sienten las consecuencias sumadas de la crisis en la construcción, la crisis hipotecaria y las nuevas leyes locales dirigidas a cazar inmigrantes ilegales, las tiendas latinas están al borde de la quiebra, los grupos religiosos están perdiendo gran cantidad de miembros, los barrios están salpicados de carteles de se vende, y centros comerciales antes llenos de clientes se han transformado en pueblos fantasmas⁴⁹.

Reglas de evasión

Pero los inmigrantes, aunque omnipresentes en la combustión local de la campaña, eran las personas perdidas en el debate presidencial nacional. Mediante un acuerdo seguramente negociado, los candidatos se evitaron el mutuo bochorno de discutir las oportunistas concesiones que cada uno pudiera hacer a los derechos de los inmigrantes. McCain, increíblemente, había repudiado su propio gran proyecto de reforma de la inmigración, presentado en 2006 en conjunto con Teddy Kennedy, mientras que Obama, como observaba *The New York Times*, había «endurecido su tono sobre el trato que debía darse a los inmigrantes ilegales» en consonancia con el «nuevo lenguaje de ley y orden adoptado por la plataforma del Partido Demócrata en la convención»⁵⁰. Dado que ambos candidatos competían también en los medios de comunicación en español como los mejores amigos de los inmigrantes, no tenían razón para poner demasiado de manifiesto su hipocresía mutua.

⁴⁸ N. Miroff, «Prince William Immigration, Housing Ills Seen as Linked», *The Washington Post*, 5 de octubre de 2007. Arlo Wagner, «Prince William Sees Exodus of Hispanics», *The Washington Post*, 13 de marzo de 2005 (reimpreso con júbilo en diversas páginas web de milicianos patriotas).

⁴⁹ N. Aizenman, «In Northern Virginia, a Latino Community Unravels», *The Washington Post*, 27 de marzo de 2008.

⁵⁰ J. Preston, «Immigration Cools as Campaign Issue», *New York Times*, 29 de octubre de 2008.

Un equilibrio de terror similarmente polémico descartó el debate sobre la crisis financiera y la ayuda federal a los bancos. A medida que la pirámide de deudas se derrumbaba, ambos candidatos competían por criticar a los vándalos de Wall Street, pero después votaban humildemente a favor de la catastrófica política clasista del plan de Paulson que (como hasta Jeffrey Sachs reconoce) ha garantizado «una enorme transferencia de riqueza pública a los directivos y a los propietarios de instituciones financieras bien conectadas»⁵¹. Las encuestas realizadas a comienzos de octubre demostraron que la abrumadora mayoría de los estadounidenses se oponía drásticamente a la inaudita abdicación de poder del Congreso ante sus amigos de Wall Street, y una extraña coalición de republicanos rurales conservadores y demócratas urbanos progresistas (incluidos muchos miembros del grupo de presión en defensa de los negros, el *Black Caucus*) efectuaron un breve intento de construir una barricada legislativa por toda la Avenida de Pensilvania. Ninguno de los organizadores de ambas campañas les dio apoyo alguno.

De hecho, el segundo debate presidencial, celebrado en Nashville con participación ciudadana unos días después de que se aprobase la ayuda, fue notable por eludir las angustiadas preguntas del público acerca del desempleo y los desahucios de casas⁵². Ninguno de los candidatos estaba dispuesto a picar y liderar a los *sans-culottes*; por el contrario, ambos se ciñeron con obstinación a sus viejos puntos de discurso, como si no se hubiese caído el cielo. El enfrentamiento magnificó diferencias políticas que raramente trascendían a la franja de debate ordinaria entre centro derecha y centro izquierda, mientras ambos campos evitaban escrupulosamente los nucleares botones rojos con la etiqueta de «moratoria hipotecaria», «inmigración», «nacionalización» «TLC», etcétera. Pocas campañas presidenciales de la historia estadounidense han evitado tan completamente tratar su momento actual.

La profunda impopularidad de Bush, por supuesto, hacía que el senador por Arizona actuase como una partícula cuántica, ocupando varios espacios ideológicos simultáneamente. Aunque afirmaba que Theodor Roosevelt, el imperialista progresista, era su héroe, McCain viró de manera impredecible entre el centrismo ecuménico y el fundamentalismo encantador de serpientes, con tímidas incursiones en el populismo económico seguidas rápidamente por sermones sobre la prioridad de las deducciones fiscales para los ricos, como él, que no saben cuántos coches tienen. Sus discursos rimbombantes acerca del sufrimiento de los fontaneros y de los pequeños empresarios eran devorados por su propia dependencia de las dádivas de la zona rica del sur de Manhattan (*Lower Manhattan*), siendo el director gerente de Merrill Lynch, John Thain, el mayor «empacador» de las contribuciones empresariales a su campaña. Además, McCain tenía dema-

⁵¹ J. Sachs, «The Tarp is a fiscal straitjacket», *Financial Times*, 28 de enero de 2009.

⁵² Los debates presidenciales pueden verse en [www.youdecidepolitics.com/video].

siados opositores: aparte de Obama y Bush, también competía consigo mismo (como en el caso de la política de inmigración). Al final, al hombre que bombardeó Hanoi sólo le quedaron las anécdotas carcelarias, las insinuaciones racistas y el espectro de Bill Ayers.

Obama, en contraste, no tenía problemas de fanatismo entre sus bases y por lo tanto podía basarse en los tópicos hipnóticos y la firmeza de carácter en lugar de suplantaciones de personalidad desesperadas y trucos publicitarios. La especificación de ideas y políticas no fue una práctica común en una campaña principalmente dirigida a la producción de carisma, con un guión que rara vez superó los lemas amables que han caracterizado a la mayoría de las campañas demócratas de años recientes. A pesar de su currículum, Obama carecía de plan para afrontar la pobreza urbana; a pesar de ser partidario de los trabajadores, sólo hizo débiles promesas a los sindicatos, y se mostró deliberadamente impreciso en cuestiones de comercio, política urbana, vivienda, educación y el millón de presos de la guerra contra las drogas.

El «giro hacia la clase trabajadora» que Hillary Clinton dio en las primarias de Pensilvania (de hecho, un ensayo mucho más sutil que los mensajes de texto raciales de McCain) desvió seriamente la campaña de Obama durante uno o dos meses, pero éste recuperó el curso con sólo dirigir moderadamente sus velas hacia la enormidad de la crisis. Como Roosevelt en 1932, Obama usó la elocuencia y la compasión, junto con sus gruesos baños de los Padres Fundadores y Todos Somos Uno, para forjar un vínculo emocional con los golpeados votantes obreros, y al mismo tiempo ofrecer pocas ideas nuevas ni planes concretos.

A este respecto, sin embargo, se ceñía al plan de su equipo en general. Matt Bai, periodista de *The New York Times* que ha escrito sobre la importancia de los millonarios de las empresas digitales, las fundaciones progresistas y los blogs en la remodelación de la imagen del partido, sostiene que líderes demócratas como Harry Reid y Nancy Pelosi han promovido deliberadamente «lemas insípidos» para ofrecer a la derecha un blanco más reducido. «En el otoño de 2005», escribe Bai,

los índices de popularidad de Bush habían caído por debajo del 40 por 100, de modo que los líderes del partido decidieron que era mejor dejar que los republicanos se cayeran por su propio peso que ofrecer un programa real y correr el riesgo de que a algunos votantes no les gustase [...] «Cuéntenos qué quiere oír», parecía decir el partido, «y nosotros nos aseguraremos de incluirlo en nuestro panfleto»⁵³.

El programa de Obama, sin embargo, se volvió menos opaco en junio de 2008, cuando molestó a sus partidarios sindicales al nombrar jefe de su

⁵³ M. Bai, *The Argument. Billionaires, Bloggers and the Battle to Remake Democratic Politics*, cit., p. 177.

sección de política económica a Jason Furman, director del Proyecto Hamilton, asociado a Brookings⁵⁴. El Proyecto, fundado en 2006 por el ex secretario del Tesoro Robert Rubin, forma parte de la red institucional que elabora el legado del gobierno de Clinton: en este caso, como megáfono para las políticas económicas centristas que mezclan el conservadurismo fiscal y la liberalización financiera con una inversión pública más inteligente. El nombramiento de Furman fue seguido por la llegada al círculo interno del sucesor de Rubin en el Tesoro de Clinton, Lawrence Summers, devoto de Milton Friedman («cualquier demócrata honrado admitirá que ahora todos somos friedmanistas»), que con Rubin, Alan Greenspan y Phil Gramm había desmantelado el último cortafuegos del New Deal, la Ley Glass-Steagall, entre los bancos tradicionales y los planes derivados de Ponzi. Al convertir al Proyecto Hamilton en su portavoz económico, y más tarde elevar al radiactivo Summers a la dirección del Consejo Económico Nacional, Obama restableció en el poder a los autores de la catástrofe, y se involucró voluntariamente en la sórdida historia de la *rubinomics* y la notable puerta de atrás entre la Casa Blanca de Clinton y los grandes bancos de inversión y fondos monetarios⁵⁵.

Las elecciones teóricas

Sería difícil, por lo tanto, caracterizar la campaña electoral de 2008 como uno de esos enfrentamientos ideológicos que hacen época, excepto en el sentido limitado de que ambos candidatos –McCain a veces con más agudeza que Obama– repudiaron los horrores de la Casa Blanca de Bush y abogaron por un retorno al «centro vital» de Arthur Schlesinger. Por lo tanto, no cumplen demasiado bien un criterio clave de Burnham para unas «elecciones decisivas»:

En la campaña o en las campañas que siguen este avance, el estilo político de los insurgentes es excepcionalmente ideológico de acuerdo con los criterios

⁵⁴ El periodista David Leonhardt pasó un año entrevistando a Obama y a sus asesores económicos originales, de la Universidad de Chicago, intentando descifrar su filosofía económica. Le llamó la atención la modestia de su enfoque sobre la desigualdad económica y sobre la reforma fiscal en contraste con sus audaces propuestas acerca de la racionalización de la sanidad, la reconstrucción de infraestructuras y la transición hacia las energías renovables. «Por ambiciosas que pudieran ser las propuestas de Obama, seguirían dejando una diferencia entre los ricos y todos los demás mucho más elevada que hace 15 o 30 años. Sencillamente no sería tan grande como es ahora». Véase D. Leonhardt, «A Free-Market Loving, Big-Spending, Fiscally Conservative, Wealth Redistributionist», *New York Times Magazine*, 24 de agosto de 2008.

⁵⁵ Hasta *The New York Times* advirtió en uno de sus editoriales contra los peligros inherentes al hecho de que Obama confiase en los consejos económicos de los banqueros de inversión: «Otra cuestión que ensombrece el programa laboral es si Obama dará igual peso a los problemas de los trabajadores –desde la reforma de la sanidad hasta la subida del salario mínimo– mientras la crisis financiera sigue manifestándose. La mayoría de los miembros de su equipo económico son veteranos del gobierno de Clinton que se inclinan hacia Wall Street. En la época de Clinton, las cuestiones financieras triunfaron sobre los problemas laborales. Si Obama quiere cumplir sus promesas electorales, esa mentalidad no puede volver a imponerse», *New York Times*, 29 de diciembre de 2008.

estadounidenses; esto a su vez produce una sensación de grave amenaza entre los defensores del orden establecido que a su vez desarrollan posiciones ideológicas opuestas⁵⁶.

El nuevo gobierno parece de hecho decidido a impedir a cualquier precio que se produzca dicha polarización ideológica, incluyendo a tantos defensores desesperados del «orden establecido» como sea posible. Con la gestión de la crisis económica firmemente en manos de Citigroup y de los alumnos de Goldman Sachs, la política exterior delegada en la subpresidencia de Hillary Clinton y esposo, y la doctrina de militarización general [*surge*] propugnada por Gates y Petraeus bien instalada en el Pentágono, Obama ha construido un equipo de ensueño que hace las delicias de *The Economist* y *Foreign Affairs* en la misma medida que desconcierta a *The Nation*. Como ocurrió en la época de Clinton, trabajo y medioambiente se han sentado en otra mesa, con puestos importantes pero secundarios que carecen de fuerza sobre la línea de avance del gobierno⁵⁷.

Ciertamente el nuevo presidente y su mayoría en el Congreso están decididos a establecer las políticas de asistencia humanitaria que distinguen al centrismo demócrata de la barbarie spenceriana de los republicanos sureños, pero por sí solo esto difícilmente es causa para celebrar una nueva era. Tenga o no el corazón en la izquierda, como creen sus múltiples admiradores, los nombramientos hechos por Obama afirman una asombrosa continuidad con la era de Clinton así como el «realismo» que ambos partidos aplican a los asuntos exteriores. Pocos observadores políticos preveían que un mandato de «cambio» conduciría de inmediato a una fusión general de los campos de Clinton y Obama, y que el personal del primero recibiría puestos clave de manera tan consistente⁵⁸. Hace pensar que antes de la convención se llegó a un acuerdo para dar a Obama un nombramiento indiscutido a cambio de un enorme reparto del poder con los Clinton y sus amigos⁵⁹.

⁵⁶ Walter Dean Burnham, *The Current Crisis in American Politics*, Nueva York, 1982, p. 101.

⁵⁷ A Hilda Solis, nueva secretaria de Trabajo de Obama, ya se la compara con su gran predecesora en el gobierno de Roosevelt, Frances Perkins. Pero a Perkins se le ha dotado en la mayoría de las hagiografías progresistas de competencias de las que ella carece. Si en momentos críticos de la guerra de clase de la década de 1930, ella fue una soberbia defensora de los sindicatos dentro del gobierno, su vocación habitual era la de pacificadora: encargada de mantener a los insurgentes sindicales alineados con las reformas lentas y graduales de Franklin Delano Roosevelt. Las experiencias frustradas de Robert Reich como secretario de Trabajo de Clinton son aleccionadoras en los mismos aspectos.

⁵⁸ Obama también ha dejado encendida la luz de la Casa Blanca para los descarriados neoconservadores. Ningún candidato demócrata moderno ha tenido tantos admiradores de derecha, como por ejemplo, por nombrar sólo algunos, el columnista David Brooks, el senador Chuck Hagel, el ex embajador en Naciones Unidas Ken Adelman, y Christopher Buckley, hijo de William F. Buckley.

⁵⁹ Clinton tenía una base legítima para presentar batalla. Si se computan los resultados de Florida y Michigan (anulados por el Comité Nacional Demócrata por incumplir las normas de calendario impuestas por dicho comité), ganó la votación popular en las primarias por más de 100.000 votos.

Este triunfo del centrismo veterano frente a una crisis sin fondo y de complejidad inimaginable atestigua el fracaso de los electorados progresistas del Partido Demócrata, en especial el dividido movimiento obrero estadounidense, para ejercer una influencia proporcional a sus inmensas aportaciones económicas y de voluntariado a la victoria del partido. (*The New York Times* calculaba que los sindicatos gastaron 450 millones de dólares para ayudar a los demócratas y movilizaron a 250.000 voluntarios)⁶⁰. Habrían tenido más ascendencia sobre la forma de la campaña final –en especial sobre la respuesta de Obama al caos hipotecario y a las ayudas a los bancos y al sector automovilístico– si hubieran podido negociar mejor su voto y controlar el equilibrio de poder en una convención disputada. Ningún escenario, en mi opinión, hubiera sido inverosímil si un apoyo sindical amplio hubiera sostenido el impulso inicialmente impresionante de la inusual campaña de John Edwards.

Con independencia de lo que uno sienta ahora respecto al carácter de Edwards (como ya se puso de manifiesto en uno más de los escándalos de alcoba descubiertos por blogs derechistas), era el único gran candidato de las primarias que cumplía el criterio de Burnham para un realineamiento decisivo, como es un insurgente con un programa claramente ideológico, en este caso, un populismo económico airado. El ex senador de Carolina del Norte (hijo de un molinero del Piamonte convertido en abogado millonario) ocupó un espacio programático vacío desde la movilización de Jesse Jackson en la década de 1980: la prioridad de la justicia económica para pobres y trabajadores⁶¹. Descartando los banales eufemismos de su campaña vicepresidencial de 2004, habló directamente de la explotación y la urgencia de la sindicación, propuso una nueva guerra contra la pobreza, denunció a los «directores generales traidores» que exportaban puestos de trabajo y, en debate con Obama y Clinton en Iowa, sostuvo que era «una completa fantasía» creer que podría imponerse una agenda progresista mediante la negociación con los republicanos y con los grupos de presión corporativos. Sólo una «lucha épica» podría garantizar la reforma sanitaria y los salarios dignos. (La respuesta de Obama fue la típica evasión elocuente: «No necesitamos más calor. Necesitamos más luz»)⁶².

Al final, Edwards sólo consiguió el pleno apoyo de los fragmentos progresistas del viejo CIO (mineros y trabajadores de la siderurgia), los carpinteros y algunos consejos estatales independientes de los empleados de servicios y los trabajadores de la hostelería. Su campaña estaba condenada

⁶⁰ S. Greenhouse, «After Push for Obama, Unions Seek New Rules», *New York Times*, 9 de noviembre de 2008.

⁶¹ Que me perdonen los partidarios de Dennis Kucinich y Ralph Nader, pero el congresista de Cleveland no tenía oportunidades de obtener una gran victoria en las primarias y Nader, aun siendo admirable, nunca ha sido un populista eficaz. Sólo la campaña de Edwards, en mi opinión, tenía potencial para obligar a Clinton y Obama a adoptar un programa más izquierdista.

⁶² Citado en R. Brownstein, «Style & Substance Among The Dems' Big Three», en [www.nationaljournal.com], 2 de enero de 2008.

por la negativa de las confederaciones sindicales (la AFL-CIO y Change to Win) y sus grupos constitutivos más amplios a respaldar la que por lo demás era la candidatura pro obrera químicamente más pura de una generación. Los grandes sindicatos, por el contrario, se enfrentaron entre sí (y a veces con sus afiliados) en un caótico desorden para hacer la apuesta de último minuto al candidato que en su opinión se convertiría en el seguro ganador. En algunos Estados, las bases desafiaron a sus líderes y votaron por Hillary (los trabajadores del sector servicios de Nevada), y en otros, por Barack (trabajadores del sector público en California).

Cuando se celebró la convención en Denver, el veterano columnista Harold Meyerson advertía a los progresistas demócratas: «Lo preocupante es lo mal que han reaccionado los sindicatos estadounidenses durante las primarias demócratas y lo divididos que están cuando se acerca el otoño»⁶³. Aunque al final los voluntarios sindicales ayudaron épicamente a derrotar a McCain, en especial en Estados como Indiana y Wisconsin, el movimiento sindical, que está inmerso en una verdadera lucha por la supervivencia en el sector privado, perdió su mejor oportunidad de imponer la sanidad, las leyes laborales y las reformas en el comercio como puntales del plan para recuperar la Casa Blanca.

La presidencia de Silicon y sus límites

Al final, la propia crisis, no las elecciones, fue la provocó una mayor elevación ideológica, devolviendo la opinión de la elite, llena de pánico, al regazo protector de la vieja mamá Keynes. (No quizá el verdadero Keynes que luchaba contra las paradojas de las trampas de liquidez y las señales perversas del mercado, sino el Keynes que supuestamente sonrío cuando los gobiernos acuñan dinero para salvar a los bancos.) Irónicamente, ninguno de los keynesianos o poskeynesianos destacados de la actualidad, como Paul Krugman, Joseph Stiglitz o James Galbraith, han aprobado el examen para entrar en el nuevo gobierno. En contraste con los Cien Días de Roosevelt, que incluía entre los asesores más cercanos del presidente a críticos tan acérrimos del poder empresarial y de las prerrogativas de los directivos como Guy Rexford Tugwell, Gardiner Means y Adolf Berle, el brillante equipo de política económica de Obama comparte la arrogancia característica del gobierno de Hoover: los arquitectos de la crisis (Andrew Mellon entonces; Timothy Geithner y Larry Summers ahora) se consideran sus médicos más competentes⁶⁴.

Pero si a los banqueros centrales y a los sepultureros financieros se les cede todavía el reinado sobre las ruinas de Wall Street, Obama se ha alia-

⁶³ H. Meyerson, «For Labour, Armageddon», *Dissent*, otoño de 2008, p. 40.

⁶⁴ La consideración de la política exterior de Obama está fuera del alcance de este artículo, aunque sus nombramientos apuntan claramente a la continuidad.

do con los iconos de la tecnología para asentar las piedras angulares de un renacimiento económico basado en una masiva inversión pública en «infraestructuras verdes». Por el momento ésta es la idea insignia del nuevo gobierno, la que menos debe a los precedentes de Clinton y más de cerca recuerda al idealismo de los voluntarios de la campaña y a las expectativas de los partidarios de los grandes centros tecnológicos. La presencia casi constante del director gerente de Google, Eric Schmidt, al lado de Obama (y dentro de su equipo de transición) es un símbolo cuidadosamente elegido del lazo que se ha establecido entre Silicon Valley y la presidencia. La dote incluye la abrumadora mayoría de las aportaciones a la campaña presidencial por parte de ejecutivos y trabajadores de Cisco, Apple, Oracle, Hewlett-Packard, eBay y Yahoo.

La promesa de keynesianismo verde puede, sin embargo, resultar distinta a lo imaginado por los economistas radicales y los activistas medioambientales. En la infraestructura empresarial de Washington parece estar dándose un cambio de poder fundamental, en el que las empresas de la «Nueva Economía» están ganando rápidamente peso con Obama y los demócratas, mientras que leviathanes de la Vieja Economía como General Motors luchan con la pobreza y la ayuda pública, y los gigantes energéticos se esconden temporalmente en cuevas. La unidad sin precedentes de las empresas tecnológicas en el apoyo a Obama ayudó a definir esta campaña y fue a su vez definida por ella. Con la victoria de Obama, han conseguido el equilibrio de crédito para garantizar que cualquier infraestructura verde será también una buena política industrial para sus empresas dinámicas pero envejecidas y escasas de capital circulante.

Hay una obvia analogía histórica. Al igual que Gerard Swope, de General Electric (el Steve Jobs de su época) y un grupo de empresas avanzadas y con una gran necesidad de capital, apoyados por los bancos de inversión, se asociaron de manera entusiasta con Roosevelt para crear la desafortunada Administración para la Recuperación Nacional (*National Recovery Administration* – NRA) en 1933, también Schmidt y sus amigos digitales, junto con la todavía más poderosa delegación de California en el Congreso, se convierten en los principales interesados por la promesa de Obama de lanzar un programa Apollo para las energías renovables y las nuevas tecnologías⁶⁵.

Deberíamos señalar que este realineamiento de la política mediante la economía encaja mal en el paradigma Keys-Burnham, que afirma la primacía de la opinión pública y la durabilidad de los bloques de votantes. Una «presidencia de silicio», por su parte, encaja a la perfección en la teoría de Ferguson sobre el cambio político «inversor» que prima la economía política y la lucha de clases *dentro* del capital como modos de explicación.

⁶⁵ Se puede encontrar una fascinante reflexión sobre la teoría económica en la época del New Deal, incluida una posible síntesis de las ideas de Keynes, Hansen, Jeans y Schumpeter, en Theodore Rosenof, *Economics in the Long Run*, Chapel Hill, Carolina del Norte, 1997.

Analizando casos prácticos del New Deal en su libro de 1995, Ferguson –descendiente intelectualmente supercomprimido de Charles Beard– concluía que normalmente son las elites empresariales, no los votantes, quienes determinan la naturaleza y el curso de los realineamientos electorales⁶⁶.

Por lo general los votantes no constituyen el mercado fundamental de los partidos políticos. Como han documentado diversos analistas recientes, la mayoría de ellos poseen recursos desesperadamente limitados y –en especial en Estados Unidos– una información y un interés por la política exiguos. El verdadero mercado de los partidos políticos está definido por los grandes inversores, que en general tienen buenas y claras razones para invertir en el control del Estado [...] Durante los realineamientos [...] se producen cambios básicos en los bloques de inversión centrales que constituyen los partidos. Más específicamente, los realineamientos se producen cuando los cambios acumulados a largo plazo en las estructuras industriales (que en general interactúan con una variedad de factores coyunturales, principalmente fuertes crisis económicas) polarizan a la comunidad empresarial, reuniendo así a un nuevo y poderoso bloque de inversores con intereses duraderos. Cuando este proceso comienza, la competencia entre los partidos se caldea y al menos algunas diferencias entre ellos emergen con más claridad⁶⁷.

¿Pero qué ha movilizado de repente a la autodenominada Nueva Economía como un «bloque inversor» en el sentido que le da Ferguson? ¿Y por qué Obama?

Una respuesta es directamente cultural: a Obama le gustan la tecnología y los empresarios, y los «capta». Como Joshua Green señalaba en *American*, el joven candidato ejemplifica al legendario foráneo que reinventa la política estadounidense en su propio garaje y después lanza con ayuda de visionarios inversores en capital riesgo una oferta pública inicial de acciones que cambia la historia. Además, Obama –al contrario que Hillary Clinton, que parecía más cómoda en Hollywood– se acercó a la montaña (o más bien, a Mountain View) y escuchó. Descubrió un volcán al borde de la erupción. Probablemente ningún sector del personal de esas empresas, desde los jefes hasta los empleados, se ha sentido más indignado por la incesante carnicería en Iraq, el incendiario gratuito de las guerras culturales de Rove, los ataques contra los inmigrantes, y el menosprecio de los republicanos por las ciencias evolutivas y geológicas⁶⁸.

⁶⁶ El libro de Charles Beard, *An Economic Interpretation of the Constitution* (1913), que sostenía que la política de los Padres Fundadores era aproximadamente la suma de sus intereses materiales, sigue siendo merecedora de estudio, a pesar de que los historiadores políticos y económicos contemporáneos tachan al autor de vulgar determinista económico.

⁶⁷ Thomas Ferguson, *Golden Rule. The Investment Theory of Party Competition and the Logic of Money-Driven Political Systems*, Chicago, 1995, pp. 22-23. Ferguson, por supuesto, reconoce que los votantes también se vuelven más activos: «sólo si el grado de organización efectiva del electorado aumenta significativamente, recibe algo más que migajas».

⁶⁸ La proporción de las aportaciones de Silicon Valley a la campaña presidencial republicana cayó del 43 por 100 en 2000 a apenas el 4 por 100 en 2006, simultáneamente a la pre-

Pero hay obviamente prioridades más profundas y egoístas. Ya antes del desplome, venerados videntes como Andy Grove (ex director gerente de Intel) expresaban su temor por el descenso de la inversión y la innovación en el corazón de la tecnología. Como más tarde resumía *Business Week* en un informe especial: «La financiación federal en ingeniería informática avanzada y en investigación en ingeniería eléctrica ha caído drásticamente desde finales de la década de 1990, al igual que el número de estadounidenses que estudian ingeniería informática. Y las grandes empresas tecnológicas están haciendo menos hincapié en la investigación básica para dedicarse al trabajo de desarrollo, que produce beneficios más rápidos»⁶⁹.

A los pesimistas les preocupa que Silicon Valley se encuentre encerrado en las primeras fases del síndrome del ciclo productivo de Detroit: la época heroica de Henry Ford seguida por la era de los alerones y finalmente la esclerosis empresarial. (Así, se dice que Internet 2.0 es un mero desarrollo del producto, no una innovación tecnológica.) La presidencia de Obama, desde esta perspectiva, puede acudir al rescate con proyectos de ciencia básica de la escala de los establecidos por Kennedy, así como con subvenciones estables a mercados tales como las energías renovables, los programas utilitarios y la banda ancha universal que de otro modo se ven derrotados por los volátiles precios energéticos o abandonados por las empresas⁷⁰.

La nueva economía, como la vieja, también reconoce que la supervivencia en el actual huracán económico depende de la presencia en la corte: a corto plazo al menos, Obama y las autoridades demócratas tendrán una extraordinaria influencia en la selección de ganadores y perdedores. Los destinos opuestos de Lehman Brothers y AIG (a la primera la dejaron desangrarse hasta morir, a la otra se le aplicó una intravenosa estatal) hizo temblar a todos los directores gerentes y grandes accionistas de Estados Unidos. Todavía más que en los casos prácticos de la década de 1930 estudiados por Ferguson, el futuro de cada empresa o sector depende de inversiones adecuadas para «controlar el Estado»; por eso K Street, la calle de Washington equivalente al Wall Street de los grupos de presión, que antes era propiedad del Partido Republicano, se volvió tan azul el año pasado. Pero de todos los nuevos inversores demócratas, sólo las industrias tecnológicas, con sus universidades cautivas y sus enormes aficionados de internet, conservan suficiente credibilidad pública (tanto nacional como internacional)

sentación por los demócratas de un «Programa de Innovación» que comprendía deducciones fiscales para I+D, duplicación del presupuesto de la Fundación Nacional para las Ciencias [*National Science Foundation*], etcétera. Véase la colección de enlaces de blogs de agosto de 2006 en nationaljournal.com; y J. Puzanghera, «Pelosi likely to speak up for tech industry» *LA Times*, 13 de noviembre de 2006. La historia anterior del cortejo demócrata a Silicon Valley la recoge Sara Miles en *How to Hack a Party Line*, Nueva York, 2001.

⁶⁹ S. Hamm, «Whatever Happened to Silicon Valley Innovation», *Business Week*, 31 de diciembre de 2008.

⁷⁰ La principal excepción en el descendiente apoyo federal a la innovación, por supuesto, han sido las enormes inversiones de la guerra contra el terrorismo en vigilancia y tecnologías bélicas avanzadas, un sector que probablemente Obama no descuide.

y confianza interna para actuar hipotéticamente como bloque hegemónico constructivo y no como una banda de grupos de presión desesperados.

Pero, de nuevo, los sectores tecnológicos pueden verse sencillamente devorados, como todos los demás, en el *Götterdämmerung* de Wall Street, mientras Larry Summers y Ben Bernanke luchan en los búnkeres hasta gastar la última bala de los contribuyentes. (La eufórica unidad nacional de la NRA de Roosevelt y Swope, debería recordarse, se disolvió rápidamente en huelgas, gases lacrimógenos y bayonetas.) El paquete de estímulo de casi un billón de dólares promovido por Obama proporciona una ayuda urgentemente necesaria así como un modesto desembolso inicial en infraestructuras verdes, pero pocos economistas parecen creer que pueda de hecho parar la crisis interna, y mucho menos generar suficiente «filtración» a través de las importaciones como para estimular a Asia y Europa. El sistema financiero estadounidense, en años recientes generador del 40 por 100 de los beneficios empresariales, está muerto; un colosal cadáver oculto de la vista pública por los debates televisados de la campaña pre-sidencial del otoño. Los centristas partidarios del libre mercado y los desreguladores reformados a quien Obama ha devuelto o mantenido en el poder tienen tantas posibilidades de resucitar a los bancos como sus generales de ganar la guerra contra los pashtunes en Afganistán. Y todavía no ha surgido ningún Walter Rathenau o Guy Rexford Tugwell contemporáneo con un plan para recuperar el naufragio y convertirlo en una forma verosímil de capitalismo de Estado.

Mientras tanto, la prensa financiera advierte de que finalmente harán falta billones de dólares para hacer un trabajo de «bancos insolventes» o nacionalización bancaria. Pero si el gasto nacional de Obama no produce significativos beneficios colaterales para los socios comerciales de Estados Unidos, es probable que éstos se lo piensen dos veces antes de comprar la deuda emitida por Washington o que decidan imponer sus propias condiciones. (Cuidado con el dogma de que los chinos son esclavos de su superávit comercial y su moneda subvalorada, y no tienen más remedio que subvencionar al Tesoro estadounidense.) En Davos, Putin y Wen le recordaron al nuevo presidente que ya no es dueño de su propia casa como lo fueron Roosevelt o Reagan. El dólar amenaza con convertirse en la correa del nuevo New Deal. En todo caso, la inflada burbuja del consumismo estadounidense, que existía cuando Obama presentó su candidatura formal, en 2007, nunca se restaurará, y el estancamiento prolongado, la recuperación poco oportuna dirigida por la tecnología, parece el supuesto más realista para la época que tal vez algún día llegará a llevar su nombre.